

mente a lo largo del río Pastaza, que descendiendo del Valle de Riobamba corre a tributar sus aguas al Marañón, en las regiones meridionales que ahora se disputan el Perú y el Ecuador. Habiendo formado ciertos pueblos incipientes con estas tribus, se juzgó necesario que el P. Santa Cruz se volviera a sus reducciones del Huallaga y dejase los nuevos convertidos al joven P. Lucas Majano, recién llegado desde Quito a las misiones del Marañón. Otras conquistas espirituales se verificaron por aquellos tiempos en las orillas del río Huallaga y también en la orilla izquierda del Amazonas hacia la confluencia del Napo. Empero estos progresos se vieron contrapesados por la pérdida de algunos operarios, que en estos años fueron llamados por Dios para recibir el premio de sus fatigas.

Mirábase como un caso algo singular, que en veinte años de misión no hubiera muerto en aquellas tierras ningún misionero. El año 1660 expiró el primero, que era también el más joven de todos. El P. Lucas Majano había pasado al Marañón en 1657, y se había encargado de las cristiandades recién formadas a orillas del río Pastaza. Tres años continuó en aquellas regiones evangelizando a los indigenas con un fervor inconcebible, pero sintiendo de vez en cuando penosas enfermedades, que amenazaban acabarle la vida. Se le debilitó el estómago con los manjares insulsos de aquellas tierras, perdió casi del todo la vista y empezó a sentir ciertas calenturillas que le molestaban sin cesar. Temiendo acabar muy pronto con su vida, por consejo de los otros Padres se dirigió a los pueblos antiguos de Mainas, para ver si se reponía su quebrantada salud. Apenas llegado a este punto, le avisaron que se había declarado una viruela en los pueblos del río Pastaza. Renunciando al restablecimiento de su salud, y sin oír más que la voz de su caridad, encaminóse de prisa hacia sus queridos neófitos. Hizo cuanto pudo, aunque podía muy poco, para remediar aquellos males y él mismo se sintió muy pronto atacado de la epidemia que reinaba entre sus amados indios. El 4 de Julio de 1660, expiró víctima de su caridad y de su celo apostólico. Sólo tenía unos treinta años de edad. Dos años después imitaba su santa muerte un hermano suyo, el P. Tomás Majano, que se había dedicado como él a la carrera de las misiones.

Mucho más que la muerte de estos dos misioneros se sintió la del P. Raimundo de Santa Cruz, a quien Dios llamó inesperada-

mente para sí en este mismo año de 1662. No cesaban nuestros Padres de hacer diligencias para descubrir comunicaciones menos difíciles con las ciudades de Quito, Riobamba y Cuenca. El P. Santa Cruz ejecutó tres viajes siguiendo río arriba por los afluentes que desembocan en el Marañón, y penetró por ciertos callejones y valles que hacían los Andes, por donde esperaba hallar alguna senda. Pudo señalar algunos caminos menos impracticables, y, en efecto, por algunos sitios apuntados por él, se establecieron después algunas comunicaciones. Lo que padeció en estas empresas no es para dicho. En muchas ocasiones, el modo de caminar era ir el Padre delante, abriendo con el hacha un callejón entre la maleza, tendiendo troncos por el barro para atravesar las ciénagas, y de este modo avanzar entre caídas, resbalones, rasguños y desolladuras que estropeaban la persona del santo misionero. Terminado el tercero de sus viajes, se volvía contento hacia su misión, cuando de pronto le alcanzó la muerte en el río Bohono o Morono. Es un afluente secundario del Amazonas, que parece imperceptible si se le compara con los inmensos raudales que por uno y otro lado afluyen a aquel rey de los ríos. Empezó a navegar el P. Santa Cruz en una pobre balsa que le habían hecho los indios con unos maderos toscamente enlazados entre sí. Sucedió que por entonces cayeron lluvias copiosísimas, que acrecentaron considerablemente el caudal de agua que arrastraba el río. Dos días navegaron hacia abajo, dejándose llevar de la corriente y evitando los tropiezos, tan peligrosos en este género de navegaciones. Al tercer día se encontraron de repente con un grandísimo árbol atravesado en las aguas del río. Quisieron los indios desviar la balsa y evitar el tropiezo, pero por más esfuerzos que hicieron, les fué imposible vencer el ímpetu de la corriente, la cual arrastró la balsa contra las ramas del árbol atravesado. El P. Santa Cruz recibió un golpe en el pecho que le dejó medio aturdido. La balsa se hizo pedazos al tropezar con el árbol, la sotana del P. Santa Cruz se enredó con aquellas ramas, y no pudiendo desembarazarse de aquel estorbo, el santo varón fué arrastrado por la corriente debajo del árbol y allí pereció ahogado. Era el 6 de Noviembre de 1662. Los indios que le acompañaban, como tan sueltos y diestros en el nadar, pudieron salir a flote y anunciaron después la pérdida lastimosa de su querido Padre misionero. Así terminó sus nueve años de trabajos apostólicos aquel hombre que era reputado el más fervoroso de

todos los que trabajaban en el Marañón. No tendría más de cuarenta años de edad (1).

Cuatro años después perecían con muerte todavía más gloriosa, que merece verdaderamente llamarse martirio, los Padres Pedro Suárez y Francisco de Figueroa. En el año 1664, caminando por el río Curaray el P. Lucas de la Cueva, hubo de pasar por la tribu de los Abijiras, indios bárbaros y gentiles, pero que le manifestaron cierta buena voluntad y le indicaron que verían con gusto a un Padre en sus tierras (2). Juzgó el P. Cueva que no debía desaprovechar esta buena disposición, y en el mes de Agosto de 1665 les envió al P. Esteban Caicedo, quien empezó a enseñarles las verdades de la fe (3). A los pocos meses fué designado para continuar aquella obra un joven misionero recién llegado de Quito, llamado Pedro Suárez, que sólo contaba entonces veintiséis años de edad. Empezó éste sus trabajos apostólicos catequizando lo mejor que pudo a los Abijiras, pero se encontró con una grave dificultad en un cacique llamado Quiricuare, que era de los más conocidos en aquella tierra. Este infeliz tenía consigo doce mujeres, y además cometía el horrendo vicio de la antropofagia. El P. Suárez procuró al principio atraerle con buenos modos, y probó para reducirle todos los recursos que la caridad cristiana suele sugerir. Ni las buenas palabras, ni los doncellitos, ni las exhortaciones de ningún género hacían mella en aquel bárbaro embrutecido. Observando esta rebeldía el misionero, le reprendió una vez con evangélica libertad la torpe lujuria a que se entregaba y el detestable vicio de comer carne humana. Agriado el cacique con estas reconvenciones, resolvió tomar sangrienta venganza del P. Suárez.

Cierto día en que se hallaba el misionero acompañado de un soldado español, llamado Juan de Bastida, y de otros pocos indios, apareció Quiricuare con un grupo de indios armados. Previo el Padre lo que iba a suceder, pero ya era imposible defenderse y se resignó santamente a morir. El cacique, adelantándose a la cabeza de los suyos, le atravesó con una lanza, otros seis

(1) Pueden verse más datos sobre la vida y muerte de este Padre en Chantre, op. cit., l. V, c. 7.

(2) El mismo P. Cueva escribió la relación de este viaje en una carta fecha el 22 de Marzo de 1665, que ha sido publicada por Jiménez de la Espada. (*Noticias auténticas del famoso río Marañón*, p. 321.)

(3) *Ibid.*, p. 341.

de los principales corrieron tras él, y a porfía metieron sus lanzas en el cuerpo del Padre. Entretanto la víctima repetía solamente estas palabras: Dios mio, Dios mio, y diciéndolas expiró entre las lanzas de los bárbaros, en el mes de Marzo de 1666. Con él fué muerto el soldado español y un indio. Durante algunos meses nada de cierto supieron nuestros Padres sobre la suerte de este misionero. Al año siguiente, habiendo tenido rumores de lo sucedido, en Setiembre de 1667 llegó a aquel punto el Padre Francisco Güell y se encontró con huellas del atentado. Descubrió restos del vestido del Padre, jirones del ornamento con que decía misa, un libro medio podrido, una campana abollada a golpes y otros objetos que claramente denunciaban la violenta muerte que había padecido el misionero (1). Algún tiempo después, llegando otros Padres con un capitán español, pudieron prender a varios indios y de ellos se averiguaron las circunstancias de aquella muerte gloriosa.

En el mismo año 1666 terminó su carrera apostólica el más antiguo misionero del Marañón después del P. Cueva. Era el Padre Francisco de Figueroa, que ya llevaba veinticuatro años trabajando en aquellos bosques y había escrito en 1661 una relación que podemos llamar la primera historia de estas ilustres misiones (2). Desde la conquista de D. Martín de la Riva se habían observado en varias ocasiones movimientos sediciosos de indios que acosaban a los españoles y ejecutaban golpes de mano en nuestras cristiandades. El capitán español de Borja hizo varias salidas hacia los ríos Ucayale y Huallaga, prendió algunos culpables y los condenó a muerte. Estos castigos, que se repitieron varias veces, no extinguieron la llama de la rebelión. Parte de los Cocamas, algunos Chipeos, Ucayales y otras tribus se mostraban siempre con armas y cometían graves crímenes que los españoles difícilmente podían castigar. En estos desórdenes tomaban parte, y por cierto muy considerable, varios indios apóstatas que se habían huido de nuestros pueblos y eran la peor levadura en aquellas revoluciones.

Por Marzo de 1666, el P. Figueroa, que cuidaba del pueblo Concepción de Jeveros, preparó una excursión para visitar algu-

(1) Arch. del Col. de Quito, *Cartas de los misioneros de Mainas*. El Padre Güel al P. Gaspar Vives. Archidona, 15 de Setiembre de 1667.

(2) Es el libro algunas veces citado *Relación de las misiones de la Compañía de Jesús en el país de los Mainas*, publicado en Madrid, 1804

nas tribus que vivían a la orilla de aquellos caudalosos ríos. Bajó por el Marañón algunos días y se detuvo a la desembocadura de un pequeño río llamado Apena. Mientras él descansaba con sus indios aparecieron de pronto en el Marañón quince canoas llenas de indios armados, que venían agua arriba. No distinguió el misionero si eran cristianos o enemigos, aunque le dió mala espina el ver tanta gente armada. Sin embargo, confiando en Dios, resolvió recibirles con amor y procurar en cuanto pudiese ganarles la voluntad. Empezaron a desembarcar los indios. El misionero, con el rostro afable, les preguntó: Hijos míos, ¿adónde es el viaje? Ellos se iban acercando, y algunos hasta le besaban la mano, diciendo la fórmula *Alabado sea el Santísimo Sacramento*. Mientras el Padre correspondía afectuosamente a esta salutación y les daba a besar su mano, uno de los indios, dando una vuelta por detrás, se acercó al P. Figueroa, y levantando un remo que traía, le descargó en la cabeza tal golpe que le derribó en tierra sin sentido. Al instante el capitán de aquella escuadrilla, que era un cacique llamado Bogaca, empuñando un hacha, se arrojó como una fiera sobre la víctima y le cortó el cuello a hachazos. Así terminó su vida apostólica el primer historiador de aquellas misiones, el P. Francisco de Figueroa, natural de Popayán, regando con su sangre aquella cristiandad que había regado con sus sudores durante veinticuatro años.

5. Entretanto el ya septuagenario P. Lucas de la Cueva no cesaba un punto en la penosísima labor de descubrir nuevas tribus y sujetarlas al suave yugo de Cristo. Ya en el año 1659 había tenido noticias de ciertas parcialidades de indios llamados Oas, que vivían al noroeste, cerca de las fuentes del Curaray, afluente del Napo. Deseoso de reducir a estas ovejas descarriadas y reconocer otros indios que indudablemente poblarían los vastísimos bosques regados por el Curaray, dispuso una expedición a principios de Octubre de 1664. Reuniendo un buen grupo de jeveros, que siempre eran los más fieles cristianos de las tierras del Marañón, formó una pequeña escuadrilla de varias canoas, y metiéndose en el Amazonas, navegó río abajo hasta encontrarse con el Napo. Toreó a mano izquierda y subió por este afluente hasta dar con la boca del río Curaray, que se junta con el Napo a no mucha distancia del río Amazonas. Fué navegando agua arriba por el Curaray con mucha lentitud, deteniéndose a menudo, hablando con los indios que asomaban en las riberas, y a todo esto

pasando no pocas penalidades de los mosquitos, caimanes y otros obstáculos que en aquellas tierras solían detener la marcha de los viajeros. Reconocidas las tribus de los Abigiras y de los Gayes, llegó por fin a los Oas hacia las Navidades de 1664. Desde allí escribió a su compañero el P. Sedeño el 1 de Enero de 1665 estas palabras: «El examinar y aclarar la navegación por el Curaray y reconocer sus límites han sido el fin de esta navegación, en que llevo gastados ochenta días. Aunque con grandes penalidades de hambres, congojas, sobresaltos, mosquitos, enfermedades en la gente y otras plagas, ha sido Dios servido de sacarme bien del Curaray, pues tengo ya navegado río arriba desde su desagüe en el Napo hasta sus cabezadas en Noxino, navegación no hecha ni emprendida antes, entablada por imposible a causa de su distancia, que no parece le daban término y por lo maligno de su temple todo malsano» (1).

En estas últimas palabras apunta el P. Cueva la principal dificultad que se oponía a la reducción de los indios Oas. Según nos informa el P. Lorenzo Lucero, no solamente los europeos, pero aun los indios de otras regiones enfermaban irremisiblemente cuando penetraban en el territorio de los Oas. Son curiosas las noticias que nos da de los sujetos que perdieron la salud por haberse empeñado en evangelizar en aquellas regiones. Escribiendo en 1668 dice así: «Lo que me parece que había de imposibilitar esta carrera de los Oas a los Coronados, es el río Nogino y el resto de Oas, por estar apestado de unas muy recias cuartanas, de que mueren muchos de los mismos indios de la tierra. Los religiosos de S. Francisco hubieron de dejar estas misiones, porque todos enfermaron gravemente. Los PP. Ignacio Jiménez y Gerónimo Alvarez de solo tres días que estuvieron en Oas enfermaron, de suerte que el P. Gerónimo Alvarez murió y el P. Ignacio Jiménez llegó a lo último. El P. Sebastián Sedeño enfermó siete veces de siete veces que entró a los Oas. Los PP. Juan de Medina, Esteban Caicedo, Francisco Güel y Agustín Hurtado enfermaron también gravemente y tanto, que el haber escapado se tuvo a cosa milagrosa» (2).

Tan insalubre era aquel rincón en que habitaban los Oas. Los

(1) Arch. del Col. de Quito, *Cartas de los misioneros de Mainas*, Cueva a Sedeño, Oas, 1 Enero 1665.

(2) *Ibid.*, *Relación* del P. Lucero, fecha el 17 de Julio de 1668.

hombres prácticos de las regiones americanas no se maravillarán de esta condición de aquel territorio. No son raros los países, sobre todo en la cuenca del Amazonas, donde el paludismo y otras enfermedades acaban muy pronto con la salud más robusta. ¡Y sin embargo, lo que hace la caridad de Dios! El P. Lucas de la Cueva pasó en este infierno casi todo el trienio de 1665 a 1668, procurando convertir a aquellos infieles y sacarles a vivir en otros puntos menos insalubres. Tres veces enfermó de peligro y en la tercera creyeron nuestros Padres que iba a perder la vida. Merecen referirse las noticias que nos da sobre este punto el misionero P. Francisco Güell:

«El P. Lucas de la Cueva llegó de los Oas a visitarnos en esta Archidona y juntamente hacer este despacho, para ponerse luego en camino para Mainas, pero juzgo que le engaña el corazón y no va más que a perecer y morir en el camino. Digolo porque en pocos meses ha pasado tres enfermedades gravísimas y malignas ocasionadas por los trabajos insuperables que en aquel infernal temple de los Oas ha padecido, donde ni el más robusto se escapa. En especial en esta última enfermedad fui yo llamado a gran prisa a los Oas, para administrarle los sacramentos, y aunque yo tuve por cierto, que había de ser lo mismo llegar y caer también enfermo, con todo me fué forzoso el embarcarme, porque la necesidad del Padre lo pedía, pero Su Reverencia, previniendo el daño que yo recelaba, se vino, aunque con mucho trabajo por lo fragoso del camino, caminando en huando (1) hasta el puerto de Arana» (2). Allí se fué curando poco a poco y pudo continuar su camino, según nos informa el mismo P. Güell.

Más feliz resultado tuvo la misión a los indios Gayes que descubrió el P. Cueva en 1664. Aunque desde entonces procuró hacerse amigo suyo, no les pudo enviar ningún misionero hasta unos tres años después. A fines de 1668 fué mandado el P. Sebastián Sedeño, quien penetró muy animoso entre aquellos indios, y hablándoles por intérprete y repartiendo algunos doncellos, consiguió que se reunieran varias rancherías dispersas y empezasen a escuchar la predicación del Evangelio. El P. Sedeño procuró cuanto antes aprender la lengua de los Gayes, edificó

(1) Un género de hamaca usado en aquel país.

(2) Arch. del Col. de Quito. *Cartas de los misioneros de Mainas*. Güell a Gaspar Vivas. Archidona, 1 Noviembre 1668.

una pobrísima iglesia, enseñó a los indios a levantar casas, bautizó a los niños y poco a poco fué acostumbrando a los Gayes a la vida civilizada. Dió a esta reducción el nombre de San Francisco Javier y su establecimiento se consideró muy ventajoso para extenderse desde allí a otras tribus salvajes a los dos lados del Curaray (1).

Mientras de este modo se esforzaban en difundir la luz de la fe al Noroeste del Marañón los PP. Cueva y Sedeño, prosperaba el santo Evangelio en la región opuesta al Sudeste, en los campos que riegan los ríos Huallaga y Ucayale. Fué enviado a estos países un fervoroso misionero llamado Juan Lorenzo Lucero, que durante largos años dió pruebas de fervor apostólico y no menos de prudencia y sagacidad en el trato de aquellas gentes. Esforzóse en reparar las ruinas que habían causado las revoluciones y alborotos de los años anteriores, procuró pacificar a los indios que aparecían en las regiones del Ucayale y tuvo el consuelo de atraer a Jesucristo a tres naciones hasta entonces casi desconocidas, cuales eran los llamados Chipeos, Panos y Xitipos. Deseando asegurarse contra la inconstancia natural de los indios y tenerlos más a mano, para poder enseñarles la doctrina cristiana, consiguió de ellos que se trasladasen a vivir a orillas del río Huallaga. Escogió allí el P. Lucero un sitio despejado y al aire libre, a no mucha distancia de la desembocadura de este afluente en el Marañón, y por estar cerca de una laguna, impuso a este pueblo el nombre de Santiago de la Laguna. Desde 1670, en que este pueblo se fundó, fué creciendo con tanta facilidad que a los pocos años contaba cuatro mil habitantes. En los mapas modernos todavía se ve el pueblo de *La Laguna*.

Mientras de este modo progresaban las misiones del Marañón, agotábanse las fuerzas del ya anciano P. Lucas de la Cueva y fué designado para sucederle como superior el P. Juan Lucero. Algún tiempo después, observando que en aquella soledad era imposible asistir debidamente a un anciano enfermo, resolvieron los superiores que el P. Cueva pasase a la ciudad de Quito. Fué llevado, no sin dificultades por la aspereza de los caminos y el trabajo de no poder ya caminar por su pie. En la enfermería de nuestro colegio de Quito pasó el venerable anciano algunos me-

(1) Puede verse por extenso la relación de este hecho en el P. Manuel Rodríguez. *El Marañón y Amazonas*, l. V, c. 7.

ses, hasta que Dios, Nuestro Señor, le llamó para sí en el mes de Setiembre de 1672 (1). Contaba entonces setenta y seis años de edad y había trabajado treinta y cuatro en las misiones del Marañón. Pocos hombres habrá tenido la Compañía que hayan padecido tanto en la predicación del Evangelio.

6. Desde la muerte del P. Cueva, empezó un periodo de tranquilidad o, si se quiere, de situación estacionaria para las misiones del Marañón. En el espacio de trece años, de 1672 a 1685, no sabemos que se fundase ninguna reducción nueva. Por cierto catálogo del año 1686 venimos en conocimiento de que subsistían quince reducciones antiguas, y empezaban entonces otras cinco o seis (2). El impulso se debía, ciertamente, a los misioneros que llegaron en 1685. Pero durante los trece años precedentes ni hubo sensible progreso, ni tampoco se padecieron notables reveses en la propagación de la obra evangélica. Por alguna indicación que descubrimos en las cartas de entonces se ve que gozaban nuestros misioneros de relativa tranquilidad y bienestar. El Padre Francisco Fernández, escribiendo desde Borja al rector de Quito, el 31 de Enero de 1676, le dice estas palabras: «Las misiones van bien, los niños y niñas, que por su tierna edad apenas parece tienen entero discurso, piden con ansia el santo bautismo. También lo piden los viejos que ordinariamente son los más reacios. Acontecióme con un viejo, de más de cien años, acabar de bautizarle y morir... Acuden a las procesiones de semana Santa con grande devoción y los ladinos toman disciplinas de sangre en la procesión. En sabiendo que hay algún amancebado, ladrón o que hace otra bellaquería, me vienen luego a dar parte, para que le castigue, con que se van enmendando de sus vicios» (3). Esto sucedía principalmente en Borja, que era la población más antigua en aquellas regiones.

(1) Manuel Rodríguez, *op. cit.* C. V., c. 8.

(2) Este catálogo se conserva en nuestro colegio de Quito y lleva este título: «Razon y noticia de las Reducciones y Pueblos que ha fundado y tiene la Compañía de Jesus en la mision del gran rio Marañon, desde 30 de Mayo de 1638 hasta el presente de 1686. Y asimismo noticia de las almas que la Compañía ha convertido y bautizado, segun consta de los autos de visita que hizo de dichas iglesias y pueblos el Licenciado D. Antonio Garcia Ceaes, Cura y Vicario de Santiago de las Montañas por comision del Señor Illmo. D. Alonso de la Peña Montenegro, Obispo de Quito.»

(3) Arch. del Col. de Quito. *Cartas de los misioneros de Mainas*. Francisco Fernández a Gaspar Vivas. Borja, 31 Enero 1676.

En cambio en otros pueblos nuevos o en las tribus de indios no reducidos, lamentaban nuestros Padres la barbarie de costumbres y la dificultad casi invencible que ellas oponían a la conversión de los infieles. Es muy instructiva una carta del P. Lucero, superior de las misiones, dirigida al P. Viceprovincial el 3 de Junio de 1681. Trasladaremos algunos fragmentos de ella, porque presenta por una parte un cuadro de aquellas misiones y por otra los graves obstáculos con que tropezaba el santo Evangelio. Dice así el P. Superior: «Puse en los Roamainas que pertenecen a los Gayes, al P. Francisco Fernández, en lugar del P. Miguel de Silva, difunto en Jaén de Bracamoros, cuya noticia dió ya por mi orden a V. R. el P. Juan Jiménez, a quien tengo puesto por cura de San Francisco de Borja, donde cuida de tres pueblos de Mainas, San Luis Gonzaga, nuestro P. San Ignacio y Santa Teresa de Jesús. El P. Francisco Fernández, además de cuidar del pueblo del Santo Angel de Roamainas, cuida de San Francisco Javier de Gayes. El P. Pedro Ignacio de Cáceres cuida del pueblo de la Inmaculada Concepción de Jeveros, y de otros tres que son Chachivitos, Ministes y Paranapiras. Yo estoy en la Laguna donde tengo tres naciones juntas, como son Ucayales, Jitipos y Chepeos, con nombre de Santa Maria de Ucayales y Santiago de Jitipos y Chepeos. Tengo también a mi cargo tres días río arriba, y a la lengua del agua otras cuatro reducciones, que son: Santa Maria de Huallaga, San José de Maparinas, nuestro P. San Ignacio de Mayorunas y San Estanislao de Otanavis. Tengo también de gente de tierra en distancia de un día tres pueblos, que son, San Lorenzo Mártir de Tibilos, San Javier de Chamicuros y San Antonio Abad de Aguanos. Estos últimos pueblos los visito en mula, porque los caminos son llanos y tiesos, aunque siempre debajo de árboles, por ser todo esto bosque espesísimo, que aun los pueblos gozan sólo de aquel despejo que les da la importunidad de las hachas y machetes, y es tanto el vicio de la tierra, que a los seis meses de descuido, están los pueblos sin forma de pueblos porque la infinita ramazón del selvaje nuevo los encubre de forma, que parece que se han desaparecido.

»Las comodidades que tenemos por acá son solamente tener por cierto que se salvan muchos de estos bárbaros, pues parece dijo de ellos David hablando con Dios: *Homines et iumenta salvabis Domine*, salvarás, Señor, a los hombres y a los jumentos. Son